

González, Javier Roberto

Inauguración “Quintas Jornadas Diálogos: Literatura, Estética, Teología. La libertad del espíritu” (UCA, 17 de septiembre de 2013)

V Jornadas Diálogos: Literatura, Estética y Teología, 2013
Facultad de Filosofía y Letras - UCA

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

González, Javier Roberto. “Inauguración “Quintas Jornadas Diálogos : Literatura, Estética, Teología. La libertad del espíritu” (UCA, 17 de septiembre de 2013)” [en línea]. Jornadas Diálogos : Literatura, Estética y Teología. La libertad del Espíritu, V, 17-19 septiembre 2013. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/inauguracion-quintas-jornadas-dialogos.pdf> [Fecha de consulta:]

Inauguración “Quintas Jornadas Diálogos: Literatura, Estética, Teología. La libertad del espíritu” (UCA, 17 de septiembre de 2013)

En esta quinta edición de nuestras ya tradicionales jornadas dedicadas al diálogo entre la Literatura, la Estética y la Teología, los organizadores han propuesto como eje temático convocante la divisa “la libertad del espíritu”. Se trata de una consigna más que a propósito para las tres figuras explícitamente conmemoradas y homenajeadas en la reunión de este año, pues tanto la obra del filósofo (Paul Ricoeur), cuanto la del teólogo (Hans Urs von Balthasar), cuanto la del místico (Santa Teresa de Ávila) solo advienen a su pleno significado y a su más granado fruto a partir de una excelsa experiencia, a un tiempo audacísima y responsable, de la libertad como rasgo eminente del intelecto humano y como precioso don de Dios.

Nuestra cultura moderna, y aun la posmoderna (rótulo este último en cuyo prefijo radica un sentido no tanto de posterioridad externa cuanto de ultimidad interna, esto es, de extremo límite dentro de la propia modernidad, y no de un algo distinto que la suceda y reemplace) han dado en valorar la libertad como el bien máspreciado del hombre. No siempre, con todo, en dicha intensa y apasionada valoración del ser libre se entiende lo mismo, y a menudo, bajo ese único manto nominal nimbado de arrobadora fascinación, lo que viene a postularse y a ofrecerse a la veneración general son ideas muy distintas, y aun opuestas, a lo que podría entenderse por libertad. Se trata de diversas versiones que la literatura, a la zaga del mito, ha sabido tipificar mediante claros emblemas, mediante una serie de personajes arquetípicos cuyas conductas y psicologías evocan instantáneamente, y definen plásticamente, muy variadas y claras concepciones del ser (y el parecer) libre. He de permitirme señalar aquí, con extrema síntesis, tres de esos símbolos transhistóricos (aunque no transculturales, pues solo resultan posibles y operantes en el Occidente grecolatino-cristiano).

El primero es el de Don Juan. El célebre seductor encarna, podría decirse, la *libertad como transgresión*. Don Juan no aspira a derribar o a modificar la ley que lo coarta, le basta apenas con burlarla, con esquivarla, con ignorarla, con olvidarla en los hechos. No es un teórico reformista, un luchador por la libertad, sino un gozador instintivo de sus dones sin la responsabilidad de su ejercicio adulto. La libertad de Don Juan, en consecuencia, no es verdadera libertad, no es rectamente *libre*, pues solo cobra sentido como una reacción fáctica y pulsional respecto de la norma que viola o transgrede y no aspira a abolir. Por reactiva, la libertad donjuanesca es ilusoria y en definitiva esclava de la misma cadena cuyos hierros pretende ignorar, según sucede con toda pulsión, con todo instinto ingobernado, con todo desenfreno de los sentidos que, liberados del control normativo, devienen siervos funcionales de la misma ley cuya violación obsesiona y así determina todo obrar.

Frente a la libertad meramente transgresora de Don Juan, Prometeo, el noble titán del mito griego, ejemplifica la *libertad como rebelión*. Si Don Juan solamente ignoraba y violaba una norma objetiva que no pretendía cambiar, Prometeo, gran revolucionario, aspira por el contrario a negar la licitud de la ley y a abolirla para reemplazarla por otra mejor. Don Juan, narcisista y egoísta empedernido, no piensa más que en sí mismo y quiebra la norma solo por él y para él; Prometeo, líder comunitario, se inviste de una efectiva representación social y postula la necesidad de un cambio de norma para todo el colectivo que representa y encabeza. No se conforma con burlar la ley, con vivir como si no existiera, con relajarla o flexibilizarla: quiere derribarla por completo, para él y para todos, para ahora y para siempre. Frente al transgresor, para quien no existe ninguna norma posible, el rebelde se considera la medida del bien y del mal y pretende decidir en nombre de todos cuál es la ley mala que debe abolirse y cuál la ley buena que debe reemplazarla. Tan narcisista como Don Juan, su narcisismo se

diferencia con todo del que es propio del seductor en que no resulta ya egoísta sino altruista, pues encuentra el halago de su propio inmenso yo en un supuesto y falaz servicio a los otros que le proporciona una cierta embriaguez de fama y poder; por ello, frente a la espontaneidad, la irreflexión y el hedonismo del transgresor Don Juan, el rebelde Prometeo resulta un teorizador programático, un cerebro racionalista, calculador y frío, de raigal insensibilidad, acaso de refinada crueldad, dispuesto a sacrificarse él mismo, sí, pero a sacrificar también con atroz naturalidad cientos, miles, millones de otras concretas vidas humanas, en nombre del bien de la “Humanidad”. Por muy diversas razones que en el caso donjuanesco, la libertad prometeica o revolucionaria también fracasa, en parte porque resulta igual de reactiva respecto de la ley que enfrenta y quiere suprimir, esclavizándose de este modo funcionalmente a esta, pero fracasa sobre todo porque genera un nuevo orden normativo a la postre no menos servil y absolutista, en cuyo altar solo cabe el sacrificio compulsivo e inmisericorde de las libertades individuales en pos de inasibles liberaciones utópicas siempre postergadas e irrealizadas.

Pero existe un tercer modelo, un tercer potentísimo símbolo de la humana libertad. Es el de Antígona. En ella la libertad no se muestra ya ni como transgresión egoísta y hedonista, ni como rebelión altruista y programática, sino *como testimonio*. La libertad de Antígona proclama una norma más grande y más viva que cualquier norma legal; es por ello, diríase, *kerigmática*. No ignora ni burla la norma, como Don Juan, ni pretende abolirla y reemplazarla por otra igualmente rígida como el revolucionario prometeico, sino la acepta dentro de sus límites, denuncia sus excesos cuando sobrepasa dichos límites, y –sobre todo– atestigua la necesidad de trascenderla sin negarla, sin violarla, sin combatirla. El testimonio de Antígona es *kenótico*: tanto mayor es la estatura que alcanza cuanto más se somete y subordina a la norma que denuncia, tanto

más plena es su libertad cuanto más se aviene a las cadenas y a la sentencia que la ofenden. Su denuncia de la injusticia no es ya reactiva, sino propositiva, no es ya destructiva de órdenes vigentes, sino constructiva de órdenes superiores –la ley de la piedad familiar y religiosa– que no niegan al viejo e inferior orden –la ley política y la razón de estado–, sino lo trascienden y circunscriben en su campo específico de legitimidad; no se trata ya del tipo de propuesta o de construcción programáticas de Prometeo y de la revolución, sino de una construcción testimonial y existencial que adquiere la categoría de *confesión*. Y la confesión rectamente entendida y obrada, lo sabemos, supera asimismo la dialéctica superficial de lo egoísta y lo altruista, para definirse a la vez como *inhesiva* y *difusiva*. Por eso la libertad de Antígona no fracasa, aunque pueda parecerlo en una primera e inmediata instancia; aun a despecho de su sacrificio y su muerte, Antígona vence en el largo plazo, porque la norma superior que propone no es impuesta mediante la fuerza de una antítesis, mediante una rebelión coercitiva “en contra de” o mediante una transgresión que solo conduzca a la anomia y al caos, sino atestiguada y confesada mediante la fuerza superadora de una real armonía entre libertad interior y orden exterior.

He predicado de Antígona conceptos a todas luces teológicos y cristianos como kérigma, kénosis, confesión, testimonio. Todos ellos nos llevan a Jesús, y existe una considerable tradición hermenéutica que lee el personaje de Antígona como *figura Christi*. No he de adentrarme en tan fascinante y riesgosa exégesis, porque mi propósito ha sido el de ceñirme solo a ejemplos literarios, míticos, ficcionales, de libertad, pero es evidente que la figura del Redentor asume y consume la condición testimonial, kerigmática y kenótica de Antígona, y la eleva a un máximo grado de manifestación, el de la *libertad como misión*. Dejo el análisis para la Teología y los teólogos, y apenas me arriesgo a postular en la persona y la vida de Jesús, más allá de toda antítesis entre

libertad y norma, una *identificación esencial entre libertad y norma*, siendo él mismo la libertad y la norma, siendo él mismo no ya un sujeto que se opone a un objeto, sino el sujeto y el objeto en plenitud entitativa y operativa. En Jesús, la libertad humana se consume al darse en acabada coincidencia la aceptación y el deseo de aquello mismo que coarta y ofende; solo así se derrota definitivamente la cadena: queriéndola, asumiéndola, y vaciándola de sentido al volverla instrumento de la propia voluntad y la propia libertad.

Deseo y confío en que la contemplación y meditación de este pregnante misterio ha de darnos la clave para que efectivamente, a lo largo de estas Jornadas, nos aproximemos fecundamente a las diversas modalidades y posibilidades de libertad que el espíritu humano es capaz de alcanzar en las múltiples manifestaciones del pensamiento, del arte, y de la vida.

JAVIER ROBERTO GONZÁLEZ

Decano

Facultad de Filosofía y Letras - UCA